

cisma, y el duque de Valois, heredero presuntivo de la corona, le escribían casi con la misma sumisión; pero el lúgubre espectáculo del sepulcro le presentaba con los mas negros colores todos los objetos que por tanto tiempo le habian deslumbrado. Maldijo sus laureles y sus triunfos, y repitió muchas veces en los últimos momentos de su vida (1): „Ojalá no hubiera llegado jamás á ser Papa, ó á lo menos hubiera empleado todas las fuerzas de la Iglesia en perseguir á los enemigos de la Religión! ¡Ay de mí, que conozco mi obligacion cuando ya no es tiempo de cumplirla!” Murió Julio II en la noche del 20 al 21 de Febrero de 1513. Tenia entonces setenta y dos años, y habia ocupado la Silla apostólica nueve años, tres meses y veinte dias. Hubiera sido un grande hombre, si hubiese tenido que gobernar cualquiera otro imperio que no fuese el de la Iglesia; y no fue un Papa tan perfecto como debia desearse, porque á trueque de atender á la grandeza temporal de la Iglesia, turbó la paz que gozaba ésta, trastornó su disciplina, y no cuidó de su verdadera gloria.

34. El dia 11 del mes siguiente le sucedió el cardenal de Médicis, tomando el nombre eternamente memorable de Leon X, y le inmortalizó, entre otras cosas, con la restauracion de las letras. No tenia mas de treinta y seis años, y era cardenal desde los catorce. Su eleccion fue obra de los cardenales mozos, bien que todo el sacro colegio se declaró unánimemente á su favor; pero el cardenal Petrucci, que no

(1) *Aru. Feron. in Lud. XII. Bud. de Arse.*

pasaba de veinte años, llevado de una indiscrecion de que dió en lo sucesivo pruebas mas fatales, exclamó al anunciar la eleccion al pueblo romano, que debia atribuirse á la gente jóven. Leon estaba dotado, á pesar de su corta edad, de una prudencia y reserva, y sobre todo de una moderacion, que muy en breve dió lugar á que se le pusiese con Julio en el mismo género de paralelo que el leon y el cordero. Consiguió con su habilidad y su talento para insinuarse, lo que no habia podido lograr Julio con su genio precipitado y violento. Un mes despues de su eleccion, y en el mismo dia en que fue hecho prisionero el año anterior en la batalla de Rávena, hizo su entrada solemne en Roma, montado en el mismo caballo que tenia entonces, con la magnificencia y aparato de un Monarca. Hasta entonces se habian contentado sus predecesores con presentarse en aquella ceremonia sin mas ostentacion que la de ser llevados en una silla de manos; pero habiéndole preguntado los cardenales cómo queria que se le tratase, respondió que como á Soberano. Dicen que el gasto de esta solemnidad y el de la coronacion, que era una parte de ella, ascendió á cien mil escudos de oro. Como Leon habia nacido en el seno de la opulencia, y de un fausto dirigido por el talento, aprendió allí á portarse con una esplendidéz que pudo tener sus excesos, pero que causó una feliz revolucion en su siglo, y particularmente en las artes.

35. Deseaba los progresos de las letras, y por lo mismo no podia menos de amar la paz, que es su

elemento, si se me permite esplicarme así. Este artículo fue uno de los primeros en que dió á entender cuanto se diferenciaba de su predecesor. Instruido Luis XII de estas disposiciones, trató desde luego de conciliar-se la benevolencia del nuevo Pontífice, y para ello se valió de la mediacion de Julian de Médicis, su hermano. Esta casa habia estado casi inviolablemente adicta á la Francia, cuya proteccion contribuyó no poco á que llegase al alto grado de autoridad y valimiento, que los hizo por último Soberanos absolutos de su patria. Por haberse mostrado favorable Pedro de Médicis, segundo de este nombre, al partido del Rey Carlos VIII, fue espatriado por los florentinos, los cuales establecieron durante este destierro un gobierno aristocrático. Si Julian II, hermano de Leon X, siguió el partido del Papa Julio, fue porque debia su restablecimiento á este Pontífice, que pretendió castigar así á los florentinos, por haber pretendido que se celebrase contra él un concilio en Pisa. Pero no dejaba Julian de tener un residente cerca de Luis XII, en calidad de gefe de la república de Florencia (1). Habló el Rey á este ministro del modo mas lisongero, así del Papa, como de su familia. Julian, que lo supo muy pronto, lo participó inmediatamente á su hermano el Papa, recomendándole con eficacia los intereses de aquel Monarca. Nada de esto era necesario para un Pontífice naturalmente inclinado á la moderacion y suavidad, y que por otra parte tenia el mayor interés en disipar al principio de su Pontificado

(1) *Rain. ann. 1513. n. 54.*

hasta las sombras del cisma. Respondió con un breve, que debia publicarse, y en que, además de los testimonios constantes del afecto de los Reyes Cristianísimos para con la santa Sede, manifestaba el Papa su agradecimiento por los muchos beneficios que habian hecho á la casa de Médicis. Por último, rogaba Leon á su hermano que continuase con celo aquella obra dichosa de mediacion y de paz, y que no omitiese diligencia alguna para convencer al Monarca de la benevolencia de toda la curia romana. Aun hizo mas, porque pasados algunos meses, envió á Francia, en calidad de legado, al cardenal de Guibé, prelado venerable por sus virtudes, y mediador agradable al Rey, con el cual habia procurado continuamente reconciliar al difunto Papa.

Antes que el legado se pusiese en camino, y luego que se presintieron las nuevas disposiciones del Monarca, salieron de Leon dos de los cardenales que autorizaban el concilio de Pisa, con el objeto de pasar á Roma y hallarse en el cónclave. Pero se hizo la eleccion antes que desembarcasen en Liorna. Al momento que pusieron el pie en tierra fueron arrestados, y noticioso de ello el nuevo Papa, mandó que los condujesen á Civita-vecchia, y que estuviesen allí presos, tratándolos no obstante con honor hasta que se examinase su causa. En medio de tantos cuidados, continuó lo mas pronto que le fue posible las operaciones del concilio que habia celebrado ya cinco sesiones en tiempo de su predecesor, y dió principio celebrando la sesta el dia 27 de Abril, como unas seis

semanas despues de su coronacion. El promotor del concilio reclamó en ella la continuacion de los procedimientos empezados contra los fautores de la pragmática-sancion, y concluyó pidiendo que se declarase á los franceses reos de contumacia (1). Pero el Papa, que deseaba grangearse el afecto de esta nacion por medios muy diferentes, no juzgó oportuno seguir el rigor de la ley, y ni aun dió respuesta alguna. Parecióle que bastaba establecer una congregacion para examinar este asunto, y todo lo que en general tuviese relacion con la reforma de las costumbres. Al mismo tiempo se establecieron otras dos, la primera para tratar de la fe, y la segunda para la estirpacion del cisma y la pacificacion de los Príncipes. En la sesion séptima, celebrada el dia 17 de Junio, se manifestaron con mas claridad los prudentes miramientos de Leon X con respecto á la iglesia y á la corona de Francia, pues decretó en ella que el tiempo de la monicion, significada ya repetidas veces á los prelados de Francia, no empezaria á contarse hasta despues de la sesion octava, la cual se difirió hasta el mes de Diciembre (2).

36. En este intermedio experimentó la Francia nuevas calamidades, las que, juntas con la prudente conducta y habilidad del Papa, acabaron de vencer la resistencia del Rey. Obstinándose Luis en recobrar el Milanésado, se habia unido con aquellos mismos venecianos á quienes habia querido destruir, y en efecto le faltó poco para arruinarlos: ¡tan grande

(1) *Conc. t. 14. p. 131. Sc.* (2) *Ibid. p. 156. Sc.*

es el imperio que egerce la política aun en los mejores Príncipes! Animados los franceses de su acostumbrado arder, fueron conquistadores luego que llegaron al país que se proponian conquistar. Génova volvió á abrirles las puertas. Milán y casi todas las ciudades comprendidas en este estado, siguieron á porfia el mismo egemplo. Alviani, que mandaba el egército veneciano, hizo unos progresos casi tan rápidos en el resto de la Lombardia; pero una sola expedicion marchitó todos estos laureles, y con ellos se perdieron todas las tierras donde se habian cogido. La batalla que ganaron cerca de Novara los suizos, asombrados de su propio triunfo, convirtió la orgullosa imprudencia de los franceses en un terror pánico, que los obligó á pasar los montes en el mayor desorden, y á huir llenos de consternacion al seno de su patria. Habiendo quedado solos los venecianos, fueron rechazados de puesto en puesto, y derrotados finalmente cerca de Vicenzia por los españoles. El nuevo Papa, que queria tener á Luis XII por amigo al otro lado de los montes, pero no á las puertas de Roma, no trató de oponerse á sus enemigos, antes bien favoreció, aunque con gran reserva, á todos los aliados de su predecesor, que se habian declarado contra la Francia. Por lo interior de este reino penetró otro egército suizo, hasta el centro de Borgoña, y sitió á la capital. El Rey de Inglaterra adquirió mucha fama en la batalla, ó por mejor decir, en la derrota de Guinegate, á la que se dió el nombre de *batalla de las espuelas*, para insultar á la caballería



francesa, que habia hecho mas uso de ellas que de las armas. Este Príncipe y el Emperador se apoderaron despues de Terouane y de Tournai.

37. Tanto número de desgracias acumuladas en el espacio de cuatro á cinco meses, y las exhortaciones de la Reina Ana, sostenidas por el Papa, á cuyo efecto se valia de su legado, obligaron al Rey á abreviar sus negociaciones con este Pontífice y con el concilio de Letrán. Fue enviado á Roma el obispo de Marsella, Claudio de Scissel, hombre de grande habilidad y talento, no á ofrecer satisfacciones por los escesos á que habian obligado á Luis los estraños procedimientos del Papa Julio, sino á desaprobare el concilio de Pisa, y adherir al de Letrán. Se habian conocido ya los deseos del Papa, y le causó tanto gozo esta conducta, que se encargó de rehabilitar inmediatamente á los cardenales de Carvajal y de San Severino, que estaban presos en Civita-vecchia. Dispuso pues que pasasen á Roma en secreto, á fin de evitar las quejas de algunos cardenales demasiado escrupulosos; y habiendo atraído á su modo de pensar á los demás individuos del sacro colegio, los introdujo de noche en el palacio del Vaticano. Al otro dia se presentaron en el consistorio con hábitos morados, como si fuesen unos simples sacerdotes, se pusieron de rodillas, y leyeron un escrito, por el cual renunciaban el cisma, condenaban todas las actas del concilio de Pisa, aprobaban las del concilio de Letrán, y confesaban que habian sido separados justamente del número de los cardenales. Les dió

el Papa la absolucion, los restableció en la comunión de la Iglesia, y en su primera dignidad, y luego les impuso por penitencia que ayunasen un dia á la semana toda su vida. Se quitaron pues los hábitos morados, y el maestro de ceremonias les vistió la púrpura. De los otros tres cardenales fautores del concilio de Pisa, habia fallecido ya Francisco de Borja, y la reconciliacion de Prie y de Brizonnet fue comprendida en la del Rey, su amo, sin necesidad de que pasasen á Roma.

Se hizo solemnemente esta reconciliacion el dia 17 de Diciembre en la sesion octava, habiendo dado antes las disposiciones necesarias. Presentaron los embajadores del Rey una declaracion formal, en que decia este Príncipe, que habiendo cesado todo motivo de desconfianza con la muerte del Papa Julio, y considerando que el Emperador y algunos cardenales, despues de haber sostenido el concilio de Pisa, se habian separado de él y adherido al de Letrán, se sujetaba él mismo á las advertencias del Papa Leon, renunciaba aquella primera asamblea, mirándola como un conciliábulo, admitia la de Letrán como único concilio legítimo, y prometia disolver en el término de un mes el conciliábulo que continuaba todavía en Leon. Prometió tambien enviar al Papa seis prelados y cuatro doctores de los que habian asistido á él, á fin de que pidiesen la absolucion para sí y para sus cómplices.

Leida esta declaracion, pidieron el proto-notario Caraccioli y el orador ó embajador de Maximiliano

Sforzia, que se impidiese al Rey de Francia tomar el título de duque de Milán en sus edictos y manifiestos, supuesto que el restablecimiento de Maximiliano en aquel ducado era obra de la santa Sede. El obispo de Marsella, embajador del Rey, replicó inmediatamente, é hizo ver cuán inoportuna era semejante solicitud, atendiendo al tiempo y al lugar en que se instauraba. Lo conoció así el Papa, y respondió con su ordinaria prudencia, que debía dejarse el asunto en el estado en que se hallaba, sin perjuicio de las partes interesadas. Apenas se acabó este altercado, cuando uno de los procuradores del concilio presentó al Sumo Pontífice un recurso concebido en términos muy fuertes contra lo que se llamaba en Provenza derecho de pase, esto es, contra la posesion en que estaba el parlamento de aquella provincia de no permitir la egecucion de las letras apostólicas, especialmente de las que eran relativas á la provision de los beneficios, hasta haberlas examinado y añadido á ellas su decreto aprobatorio. El Papa y el concilio no hicieron tampoco sobre este punto mas que una simple monicion, citando al parlamento para que compareciese en Roma en el espacio de tres meses, cuyo término se prorogó despues por mas de un año; y hasta que murió Luis XII, y convino su sucesor con Leon X en otros artículos mucho mas interesantes para toda la nacion, no desistió el parlamento de Provenza, y esto por cierto tiempo, de la costumbre que miraba aquel Pontífice como injuriosa en su persona al Padre comun de los fieles.

38. Affligido Luis XII con tantos reveses como habia experimentado en el discurso del año 1513, se mostró aun mas sensible á la muerte de la Reina Ana, que sucedió á principios del año siguiente. Se vistió de luto, estuvo encerrado algunos dias sin ver á nadie, y mandó que saliesen de la corte todos los bufones y comediantes. Era acreedora la Reina á estas demostraciones por su talento, por su grandeza de alma, por su piedad, por su caridad generosa y compasiva, y por el celo con que promovió los progresos de las letras. Tuvo sin embargo algunos vicios de carácter ó de genio que dieron en que entender aun al Rey su marido. Mas no por eso dejaba de ser buen esposo Luis, padre del pueblo; y solia decir hablando de la Reina: „¿Qué hemos de hacer? Una vez que tiene las virtudes propias de su sexo, es necesario disimularla los defectos que en cierto modo le son naturales.“ No obstante, debemos advertir, que cuando esta Princesa se dejaba llevar de su genio, reparaba su falta con una generosidad extraordinaria y con una prontitud, que por decirlo así, hacia escusables aquellos primeros movimientos. Suplicó á su confesor que no la absolviese antes, y no llevaba á mal que la reprendiesen en tales casos algunas otras personas. Su antipatía constante á la condesa de Angulema, es uno de los lunares mas considerables que se notan en su vida, pues hizo todo lo posible para impedir el matrimonio de la Princesa Claudia, su hija mayor, con el heredero presuntivo de la corona, y si cedió en este punto, fue por las grandes y repetidas instancias

que la hicieron los estados ó cortes del reino, movidos del interés esencial que le resultaba de aquel enlace.

39. Agoviado el Rey con el peso de las calamidades; lleno de sinsabores, de pesadumbres, y reducido al último apuro, recurrió á las negociaciones; pero aunque sus tratados le dieron algun desahogo, no le fueron en realidad mas ventajosos que sus guerras. El haberse separado del concilio de Pisa, le reconcilió hasta cierto punto con el Papa Leon, el cual trabajó con mas disimulo, pero no con menos eficacia, para contener á los franceses al otro lado de los montes. Renata, su hija segunda, dotada con el ducado de Milán, y prometida en matrimonio al nieto de Fernando el Católico, sirvió para confirmar una tregua con este Monarca. Para atraer á su partido al Rey de Inglaterra, se casó con su hermana, llamada Maria, despues de un año de viudéz: ¡matrimonio aun mas deplorable que la cruel separacion que le ocasionaba! Luis, que tenia ya cincuenta y tres años, y estaba tan quebrantado de salud, que necesitaba un régimen particular y tratarse con mucha delicadeza, encontró la muerte al lado de su nueva esposa en menos de tres meses. „El buen Rey, dice un autor antiguo (1), se olvidó de su edad y de su complexion. Alteró, por complacer á la Reina, todo su método de vida. En vez de comer á las ocho, como solia hacerlo, debia haber comido al medio dia, y en vez de acostarse á las seis, se acostaba muchas veces á media noche.” Murió en el primer dia del año 1515.

(1) *Brantome.*

La memoria de Luis XII será siempre preciosa, á pesar de todas las calamidades de su reinado, de que muchas empresas suyas fueron temerarias, y de que su conducta fue bastante equívoca en varias ocasiones. Se le reprende mas particularmente por haber repudiado á una Princesa que en el reinado anterior habia sido causa de que se le restituyese la libertad; pero aquella separacion era un sacrificio que exigia el bien del estado y la felicidad de sus vasallos: móvil de todas sus acciones y regla de sus pensamientos. Nada deseó con mas ardor que llegar á hacerle feliz, y si no lo consiguió disminuyendo mas de una mitad las contribuciones públicas, sin que le obligasen jamás á ponerlas en el estado antiguo los reveses que experimentó, se conocieron sus buenas disposiciones, y su nombre es inmortal. ¡Tan cierto es que la gran virtud de un Rey y el sólido fundamento de su gloria, es el amor de su pueblo! El mejor panegírico de este Príncipe son las palabras que decian llorando por las calles los habitantes de París: „Ha muerto el padre del pueblo, el Rey Luis el bueno.” Respetó siempre la Religion, y observó fielmente todas las obligaciones que impone, luego que la Reina Ana se hizo dueña de su corazon.

40. El duque de Valois, biznieto del primer duque de Orleans, abuelo del Rey difunto, le sucedió á los veintiun años de edad con el nombre de Francisco I. Tenia el título de duque de Valois desde que Luis XII añadió este ducado al condado de Angulema, que fue el primer estado de Francisco: y por